



JUAN JOSÉ SÁNCHEZ

POESÍAS

CENTINELA

Era misteriosa noche serena,
frío viento gemía en las ventanas;
el muchacho estaba de centinela
en extrema torre de la muralla.

Potente reflectores alumbraban
los periféricos contornos yermos;
con frecuencia reposas deslumbradas
aparecían buscando carroñas.

El silencio tenía sabor acre
de deleitoso moscatel vinagre,
de chumbos de solitarias chumberas,
de pestilente carne putrefacta,
de ocre tierra empapada por la lluvia,
de maloliente agua estancada en charcos.

El joven soldado miraba al cielo
cuajado por muchedumbre de estrellas
titilando en sus fértiles llanuras
con sus hermosas pestañas de plata.

Evocaba noches de luna llena
cerca de su amada casita blanca,
con sus hermanos jugando en el porche
y el padre fatigado en la butaca.

De repente, una estrella fugaz cruza
por delante de ojos desorbitados,
dejando separadas penumbras,
los obesos vestidos siderales,
los espacios cubiertos de tinieblas,
la magnífica bóveda celeste.

El muchacho impresionado queda,
la sangre se concentra en las arterias,
murmullos estremecidos, escucha,
multitud de ángeles los salmos cantan.

.../...

Detrás, caravana de pordioseros
suplican, temblorosos, paz serena,
pedazos de pan untados de miel
o con cacho de morcilla extremeña.

Anonadado contempla a su madre
a sus hermanos pidiendo limosna,
a linda prometida blasfemando,
a joven primo borracho de vino,
a niños pegando fuego con mixtos,
entre los desamparados mendigos.

PESIMISMO

Señor, Dios nuestro enciende la bombilla
que nos de rayos de nítida luz,
transparente claridad meridiana
para ver algo de tanto misterio.

Escondido entre las brumas habitas,
dando confusas señales de vida,
escasos indicios de tu presencia,
simulacros dudosos de tu amor.

Entonces, el mundo camina torpe,
oscuro, lleno de dudas siniestras,
confundido, como si no tuvieras
ideas claras, como si dudaras,
como niño andando a la pata coja,
como beodos borrachos de vino.

Alzo la mirada i veo macabros
atentados desprovistos de lógica,
homicidios colectivos de niños,
muertes violentas de esposas sencillas,

ríos turbulentos de sangre acerba,
hachazos certeros partiendo frentes,
puñaladas con cuchillos del pan,
ajustes de cuentas en plena calle.

Dios mío, el mundo caduco anda loco,
desorientado, sin metas patentes,
colérico, enemistado consigo,
deslumbrado por la propia violencia,
orgullosa de su poder torcido,
seducido por maldad dominante.

No quedan señales de amor celeste,
ni pruebas evidentes de ternura,
todo es enorme amasijo de cieno,
con maloliente lascivia perversa,

.../...

con sacos de mentiras pestilentes,
sádicas ironías del demonio,
justicias gobernándola vida,
incoherencias apagando impulsos.

Caminamos bebidos, dando tumbos,
instalados en la mediocridad,
con el corazón como un torbellino,
con la sangre gritando ordinarièces,
con los ojos muertos para lo bello,
con la boca repleta de amargura.

EL POETA

El poeta camina ensimismado,
con la vista perdida en las altas montañas,
la mente fría, el corazón caliente,
en los bolsillos las manos pasmadas.

El agua de los charcos es escarcha
aunque, el sol, le ataca con su energía,
con su fervor de padre generoso,
con tímidos rayos desfallecidos.

El poeta elige la senda llana,
el sendero que penetra en el bosque
repleto de peligros temerarios,
de experiencias para hombres valerosos,
de indicios claros que no dejan dudas,
de pruebas que conducen al misterio.

El poeta fatigado descansa
en la orilla de alegre manantial;
oye el silencio murmurando voces
que son largas y lánguidas plegarias.

Ve entre los troncos alas de fantasmas,
máscaras topando infantiles caras
de niñas que lloran lágrimas blancas,
pétalos de camelias perfumadas.

El poeta, con ternura suspira,
inicia de nuevo la caminata
oyendo los trinos de aves felices,
los ladridos amargos de los canes,
los timoratos gemidos del viento,
los trémulos murmullos de las ramas.

Pasa cerca de silenciosa cripta,
oye lejanos estruendos de coches,
cantos de brisas, temblores de pinos,
venerados zureos de palomas.

.../...

El cielo impoluto se pone triste,
bandadas de garzas cruzan veloces,
pajaritas albinas cazan grillos,
despavoridos, estos huyen del sitio.

Al poeta le ladra un chucho feo,
este mira al parvo can con audacia,
con excesivo desprecio en los ojos
que lloran con espanto por la infamia;
el vate no se inmuta, pasa impávido
haciendo gala de absurda violencia.

EL HIJO PRÓDIGO

De la Sierra Alhamilla baja un jinete
con larga barba negra de quinientos días;
dicen: que busca tesoros ocultos
que dejaron escondidos los moros.

Este hombre, de falsa apariencia huraña,
esconde un tierno corazón de plata,
un alma blanca, llena de ternura,
natural condición de tolerancia.

Es hijo amado de bella gitana,
madre soltera que en la cueva canta,
con desapacible voz desgarrada,
violada por un payo malasangre,
hijo adoptivo de familia santa,
pero él, servil, miserable, canalla.

Cuando llega a la puerta de la casa,
un revuelo de fiesta se origina:
jugadores con pelota de trapo
detienen interesante partido.

Muchachas como varitas de nardos
salen festivas de las madrigueras,
algunas comadres con la olla puesta,
abrazan al mozuelo anacoreta.

Lola, la gitana madre que friega
platos en el interior de la cueva,
con la soñadora mirada ausente
y el pensamiento puesto en su hijo amado,
oye el jovial bullicio de la calle
y tiene maternal presentimiento.

Sale precipitada tropezando
en el dintel con el aventurero
que, le abraza con prolija ternura,
con pruebas elocuentes de amor claro.

.../...

¡Hijo de mi vida! Exclama dichosa,
pareces salvaje fiera del monte,
pensaba haberte perdido para siempre,
ahora, mi corazón salta de dicha.

Dos seres se funden en tierno abrazo,
el chico besa con delicadeza
a su generosa virgen gitana;
ella, mimosa, acaricia su barba,
con voz trémula que brota del pecho
le dice: ¡hijo mío, te quiero mucho!